

A vintage movie poster illustration. In the center, a man in a dark, ornate Western-style suit with a red collar and a wide-brimmed hat is shown in a dynamic pose, holding a woman's head. To his right, another man with a beard and long hair is visible, holding a pistol. The background is a simple interior setting with a window.

# LA VUELTA DEL PERSEGUIDO

KEN MAYNARD 25 CTS



# BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO  
RAMÓN SALA VERDAQUER

EDITORIAL  
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES  
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS  
Sdad, Gral Española de Librería - Barará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO XI

APARECE LOS MARTES

NÚM 597

## La vuelta del perseguido

Adaptación en forma de novela de la  
película del mismo título, interpretada  
por el célebre caballista

KEN MAYNARD

Narración literaria: Dr. F. JIMÉNEZ

EXCLUSIVAS UNIVERSAL

Hispano American Films, S. R.

Mallorca, 220

Barcelona

### REPARTO

Ken Masters . . . . .	KEN MAYNARD
Alicia Adams . . . . .	Gloria Shea
Dick Evans . . . . .	Walter Miller

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



Cuando Ken Masters se enteró del encarcelamiento y muerte en presidio de su padre, ocurrido en circunstancias muy extrañas, allá en el pueblo lejano que le vió nacer, y del que vicisitudes de la vida le tenían alejado, no dudó ni un momento en atribuirlo a algún obscuro designio de una de aquellas bandas de foragidos y ladrones que infestaban ciudades, aldeas y villorios del lejano Oeste Americano a fines del siglo pasado, y también de que Silas Stone y los suyos no eran del todo ajenos a lo ocurrido, puesto que ningún delito pudo haber cometido el pobre viejo, que le hiciera acreedor a una sanción criminal de ninguna clase.

No es de extrañar, pues, que impulsado por el deseo de descubrir la clave de aquel misterio y también los motivos que habían podido impulsar a Silas Stone a obrar de aquella manera contra un ser débil e indefenso, presa poco codiciable, además, por su gran pobreza, si es que desgraciadamente sus

sospechas resultaban ciertas, y, descartada, desde luego, la posibilidad de que su padre hubiese podido cometer ni siquiera tomar parte en ningún delito, regresase precipitadamente a su pueblo, para enterarse inmediatamente con la sorpresa consiguiente, que su padre no sólo no había estado en la penitenciaría, sino que había desaparecido del pueblo, dándosele por muerto.

La primera visita de Ken fué entonces para Silas Stone, de cuya complicidad en la desaparición del ser que más quería en el mundo, no tenía ahora ninguna duda. Iba dispuesto a arrancarle la verdad fuese como fuese, de grado o por fuerza, sin amedrentarse ante el poder omnímodo que al parecer había llegado a poseer el temible cacique, durante la ausencia del joven.

La discusión, que al decir verdad, no empezó ya en términos demasiado amistosos, fué agriándose poco a poco, a medida que Silas, en lugar de procurar demostrar su inocencia en forma que no dejara lugar a dudas, refutando las acusaciones del joven, se limitaba a contestar con un cinismo sin igual a todas las preguntas que éste le hiciera.

—No tengo por costumbre contestar a las preguntas impertinentes del primer recién llegado a quien se le ocurre someterme a un interrogatorio. De manera que procure usted





— He venido aquí abandonándolo todo.

medir sus palabras, y mejor aún, márchese cuanto antes.

—Oiga usted, Stone. He venido aquí abandonándolo todo y recorriendo leguas y leguas de camino, para encontrarme con la desagradable sorpresa de que mi padre había desaparecido misteriosamente. Usted, aunque ha tenido la suerte de eludir siempre la acción de la justicia, no es ajeno a ninguna de las *azañas* que se cometen en este

pueblo, a ciencia y paciencia de sus desgraciados moradores, quizás porque no ha encontrado usted todavía el hombre capaz de romperle la cara como se merece. Estoy decidido a remover cielo y tierra para aclarar este misterio y ni usted ni nadie ha de hacerme desistir de mi empeño. Usted no me conoce todavía. No teme a nadie, porque se cree usted el dueño y señor de vidas y haciendas. Le conozco a usted desde hace mucho tiempo y sé cuáles son sus actos y sus intenciones. No crea que va a asustarme con sus amenazas ni con mucho menos.

—¿Pero de qué pretende usted acusarme? —repuso su interlocutor, sonriendo cínicamente—. ¿De la desaparición de su padre? ¿Qué culpa tengo yo de que el viejo haya desaparecido? ¿Qué le dijeron, ¿que había muerto en presidio y ahora resulta que no hay nada de lo dicho? ¿Y quién diablos le mete a usted a acusarme como si yo hubiera intervenido en la vida de su padre? ¿Cree usted acaso que me lo he metido en el bolsillo? ¿Sabe usted lo que le digo? Procure marcharse del pueblo lo antes posible si no quiere que le ocurra algo lamentable. Puede que lo sucedido a su padre no fuera nada comparado con lo que a usted podría ocurrirle si se obstinaba en quedarse aquí “removiendo cielo y tierra”, como usted dice.

Aquellas palabras tan cínicas y a la vez



tan significativas, tuvieron la virtud de expresar a Ken que no tenía en verdad la virtud de la paciencia. Los dos hombres se enzarzaron en una terrible disputa, no tardando en pasar de las palabras a los hechos. Entablóse entonces entre ellos una lucha salvaje. Ken era mucho más fuerte que su contrincante, y no habría tardado en vencerlo en buena lid, sin necesidad de apelar a otra arma que a la de sus poderosos puños, cuando sucedió algo inesperado, algo que Ken no pudo explicarse hasta mucho tiempo después, cuando, recobrada la calma, se dedicó a reconstruir la escena en todos sus detalles. Alguien disparó de pronto a través de la ventana. El tiro iba dirigido directamente a la lámpara, que se apagó súbitamente, dejando sumida en la obscuridad la habitación en que se desarrollaba la lucha. Todo esto ocurrió en un segundo. Ken no tuvo tiempo de apercibirse de nada, y antes de intentar descubrir el autor del disparo, sintió de pronto, con gran sorpresa y espanto, que su contrincante, que hasta entonces se había defendido valientemente, a pesar de la superioridad de su enemigo dejaba de luchar súbitamente, e incluso de hacer la menor resistencia. Se oyó entonces la voz de Hank, el hijo de Silas, que gritaba:

—¡Socorro, socorro, están matando a mi padre!

Ken, que no acertaba a explicarse lo que estaba ocurriendo, soltó el cuerpo de Silas, que cayó pesadamente al suelo, como una cosa inerte. ¿Qué había sucedido? ¿Qué significaba aquel disparo, la obscuridad repentina, la voz de Hank pidiendo socorro...? ¿Es que se había vuelto loco? ¿Acaso estaba siendo víctima de una pesadilla? Ken sólo tenía un deseo, que se hiciera la luz para aclarar aquel misterio.

Se hizo la luz, en efecto, y Ken miró a su alrededor, con estupor. La habitación estaba llena de hombres que habían corrido a la llamada de auxilio. Tendido en el suelo, se hallaba el cuerpo ya sin vida de Stone. Al joven, le bastó mirarlo para convencerse de ello. Ken, sin darse cuenta, se había apoderado de una especie de gruesa piedra, que se hallaba junto al cadáver y procedió a examinarla. De pronto tuvo la intuición de que Silas había sido golpeado brutalmente en la cabeza con aquel objeto, mientras los dos luchaban encarnecidamente. Cómo había sucedido esto, ni de qué manera había podido el asesino asestar el golpe, era cosa que Ken no podía precisar en aquel instante, ni tampoco quién habría podido ser el autor del delito. ¡Todo había sido tan rápido e inesperado! Sólo podía precisar una cosa. Que él se había lanzado a una lucha cuerpo a cuerpo con aquel hombre, pero sin



armas de ninguna clase, y sin intención alguna de matarle. Alguien se había introducido furtivamente en la habitación mientras ambos luchaban en el suelo, y aprovechándose de la obscuridad, había asestado el golpe y que aquel golpe le había causado la muerte. Nada más de momento. Más tarde comprendió que Hank, el hijo de Silas, que llevaba en sus venas la sangre viciada de su padre, había sido el autor del delito. El había tirado desde la ventana contra la lámpara, él había entrado seguidamente en la habitación y él había golpeado a su padre hasta matarlo. El parricida había intentado atraer luego la culpabilidad contra Ken y como las pruebas eran tan acusadoras y el joven no ignoraba las costumbres del Oeste comprendió que si se dejaba coger fiado en que se reconociese su inocencia, estaba perdido. Antes de media hora cumpliendo la ley inexorable de aquellos hombres semi salvajes del Oeste que acostumbraban muchas veces a tomarse la justicia por su mano antes de entregar a los delincuentes a las autoridades del Estado, habría sido condenado a muerte y ahorcado sin más preámbulos. Era necesario huir y así lo hizo aprovechando la confusión de los primeros instantes y como su agilidad y destreza no eran nada comunes y superaban con mucho le de sus perseguidores pudo al fin escapar no sin ha-



El sheriff no parecía muy convencido.

ber sostenido una lucha enconada con sus adversarios.

Lo vemos ahora llevando una vida errante y accidentada a través de bosques y montañas huyendo de sus perseguidores, obligado a procurarse su cotidiano alimento en la pesca y en la caza. Pero desde Texas, a donde había llegado la versión del crimen junto con la imputación de culpabilidad contra el joven y su huida, el sheriff había manda-



do en su persecución a uno de sus hombres más hábiles. Dick Evans, y un día en que Ken se hallaba ocupado en la dulce tarea de guisar una sabrosa ave a la que acababa de dar caza fué a su vez cazado impunemente por el diestro sabueso.

—Tengo el encargo de entregarte a la Justicia — fueron las primeras palabras con que Dick saludó al joven. Y con gran sorpresa del primero vió cómo Ken en lugar de huir o intentar la menor resistencia se dejaba esposar tranquilamente. Camino de la capital en donde Dick debía entregar a su prisionero Ken explicó a Dick el motivo de su actitud. El no temía a la Justicia, tenía la seguridad de que podría probar su inocencia ante los jueces. Había huido porque temía que aquellos salvajes se habrían limitado a colgarle sin más contemplaciones antes de permitirle pronunciar una sola palabra.

—Quizás habría hecho mejor en no huir.— Pero comprendí que estaba condenado a muerte, si no escapaba. Todos estaban contra mí y además todas las apariencias me condenaban. Sin embargo, yo puedo jurarle que no soy autor del crimen de que se me acusa.

—Puede que tenga usted razón Masters— repuso Dick Evans—, pero tengo órdenes

de detenerlo y llevarlo a la ciudad y he de cumplir con mi deber.

—Aguarde usted un minuto, Dick. No pretenderá usted que deje abandonado esta succulenta comida. ¿No le parece?

—Por mi parte no tengo ningún inconveniente. Si he de serle franco no he andado muy abundante de comida durante estos últimos días — aceptó Evans alegremente.

Se detuvieron allí mismo para comer. Dick devoró la carne con muy buen apetito.

—Gracias, Masters, esto está riquísimo.

—Será una buena ayuda para el camino. Tendremos que andar mucho y con el estómago lleno nos resultará más fácil.

—Le advierto, Masters, que desee hace unos días me siento muy mal. Mucho me temo que habré cogido una de estas fiebres malignas. Hoy mismo temí tener que abandonarlo todo y cesar en su persecución para volverme precipitadamente a la ciudad. Ahora me encuentro algo más aliviado. Será quizás el sentimiento de hallarme acompañado. La soledad de estos parajes es impresionante. Ayer por la mañana me encontraba tan mal, que me acosté a la sombra de un árbol dispuesto a dejarme morir allí tranquilamente si aquel malestar no cesaba. No sé cómo pude llegar hasta aquí. Todo eso se lo cuento, Masters, porque creo en la veracidad de sus



afirmaciones al decir que usted desca volver a la ciudad para justificarse ante los jueces y no será capaz de abusar de mi momentánea debilidad para intentar una escapatería.

—Oh, Evans, puede usted estar seguro de ello. No sólo no he de aprovecharme de su debilidad, sino que he de ayudarle en lo que pueda. Apóyese usted en mi brazo. Y a propósito, ¿no tiene usted quinina?

—Ni gota. La terminé toda antes de llegar. Ayer tomé la última pastilla que me quedaba.

Cogidos del brazo, como dos amigos, emprendieron Ken y Evans el largo camino de regreso a la ciudad, aquel camino hecho por Ken unos días antes precipitadamente y ocultándose como uno de los innumerables criminales que iban allí de vez en cuando a refugiarse, huyendo de la acción de la Justicia.

Y entonces sucedió algo inesperado. El supuesto criminal y el representante de la justicia, el perseguidor y perseguido, empezaron a sentirse irresistiblemente atraídos el uno hacia el otro por una simpatía recíproca. Y aquella simpatía no tardó en convertirse en un sentimiento más hondo de amistad entrañable a medida que fueron pasando los días en su larga ruta a través de bosques y montañas.

Ken, de constitución más vigorosa que la

de su amigo, era su apoyo y sostén, ayudándole a seguir su camino cuando éste, vencido por el cansancio y la fiebre que se había apoderado de él, se habría dejado caer vencido, dispuesto a morir antes de seguir adelante.

Ken y Dick se abrieron mutuamente su corazón, contándose toda su vida pasada y el primero no tardó en convencer al segundo de su entera inocencia en el crimen que se le imputaba. Estaba, sin embargo, decidido a cumplir con su deber, entregando al prisionero y éste por su parte no tenía la menor intención de escapar, confiado como estaba en el triunfo de la verdad y de la inocencia.

El destino les preparaba, no obstante, uno de sus golpes maestros que iba a cambiar por completo el curso de los acontecimientos.

Un día, en sus andanzas a través de aquellos bosques, ya casi al final de su ruta, se encontraron con un ancho y caudaloso río que era necesario atravesar para proseguir su camino. Aquel río estaba infestado de cocodrilos. Esta circunstancia no entrañaba ningún peligro inminente para ellos, puesto que habían de atravesar el río embarcados en una pequeña canoa que Dick en su ruta de ida había dejado allí previamente, pensando en el regreso, ya que los cocodrilos no acostumbra a atacar las embarcaciones si no son molestados: pero Dick, enervado por la fie-



bre y el cansancio que le consumía al ver avanzar a uno de éstos en actitud no muy tranquilizadora, perdió por completo la serenidad, disparando contra él, e hiriéndolo en plena cabeza. El resultado fué que en un instante la canoa se vió cercada por una multitud de cocodrilos que, chapoteando pesadamente en el agua, amenazaban con volcar la frágil embarcación, como no tardó en suceder desgraciadamente. Dick y Ken se dispusieron a ponerse a salvo, nadando desesperadamente hacia la orilla cercana, pero un segundo antes de que llegaran a alcanzarla, se oyó un grito espantoso, casi inhumano, salido de la garganta del joven Evans. Este acababa de ser alcanzado por un cocodrilo, que hizo presa en su pierna, mordiendo ferozmente, desgarrando carne y tendones. Sin la generosa intervención de Ken que, olvidándose del peligro que corría, se apresuró a volver en socorro de su amigo, disputando su presa al terrible animal y logrando arrebatársela, Ken habría sido devorado enteramente. Una vez puestos a salvo y conducido Dick a una cabaña desierta que ya la había servido también antes de refugio y cobijo, comprendió Ken que la gangrena había hecho presa en la herida. La desesperación del herido no tuvo límites. Así estaba condenado a una muerte lenta y terrible, en medio de



— ¡Papá, papá! — balbuceó Ken al verlo.

sufrimientos espantosos, sin que nada pudiera hacerse para salvarse.

— Escucha — le dijo Ken —. Yo puedo salvarte si quieres. Amputarte la pierna, en una palabra. Es la única salvación posible. Conozco un procedimiento usado por los indios. No se necesita para ello ni instrumentos quirúrgicos ni antisépticos de ninguna clase. Un instrumento cortante y un hierro candente para cauterizar la herida, eso es



todo. Tenemos ambas cosas en la cabaña. Es una operación bárbara y brutal, pero eficaz.

Dick permaneció silencioso unos minutos. Luego escribió febrilmente en un papel unos renglones.

—Escucha, Ken — le dijo —. Si algo malo llegara a sucederme, entrega eso a Alice Adams. Eramos novios cuando íbamos al colegio y ahora...

Hizo una pausa. Luego preguntó:

—Ken, quiero preguntarte una cosa, pero es preciso que me hables con entera franqueza. ¿Qué probabilidades tengo de curarme?

—No sé... — trató de eludir el joven —, no sé... si esta fiebre continúa...

—No se trata de la fiebre ahora, sino de mi pierna. Si se realiza esa brutal operación de la que me has hablado, tengo probabilidades de salvarme. ¿Pero qué? ¿Voy a ser un inválido toda la vida?

—Oh, Evans...

—Sí, sí, un inválido. Para mí un hombre al que le falte una pierna, es un inválido. ¿Qué valor tendrá entonces la vida para mí?

—Evans, no hables así. Pasado el dolor de los primeros días, te acostumbrarás a ello y aún podrás encontrar la felicidad al lado de esta joven de la que me has hablado. Si ella te quiere, no ha de importarle nada caersse con "un inválido", como tú dices. El

amor, el verdadero amor, está por encima de todas esas cosas.

—Ken — contestó el joven después de una larga pausa —, ¿por qué no te vas y me dejas morir aquí tranquilo? Créeme, será lo mejor que pueda sucederme. No quiero que intentes esta operación horrible. Vete, Ken, vete. Yo te relevo de tu palabra.

—Ni quiero ser relevado de mi palabra, ni dejaré nunca morir a un hombre de esta manera.

Evans permaneció unos instantes en silencio, con los ojos cerrados y el rostro contraído por una expresión de dolor inmenso. Lo que en aquel momento pasó por la imaginación del joven sólo Dios y él podían saberlo. Al cabo de un buen rato, abrió nuevamente los ojos y miró a su amigo con reconocimiento.

—Creo lo que me dices, Ken. En estos días he aprendido a quererte y estimarte en lo que mereces. Pase lo que pase, recuerda que en esos días hemos llegado a conocernos y apreciarnos íntimamente. Quisiera tener el valor de someterme a esta cruenta operación y aceptar mi invalidez como un hecho consumado, pero siento que no tengo fuerzas para resistirlo...

—Evans, amigo mío, no me asustes, ¿qué quieres decir con eso?

El joven sonrió tristemente.



—Nada, Ken, nada. Para demostrarte mi confianza, voy a someterme a ella. ¿Quieres? Prepáralo todo... Pero antes de empezar, déjame repetir lo que te he dicho antes: Si algo malo llegara a sucederme, no te olvides de entregar esta carta a Alicia Adams. Piensa que esto que te digo bien pudiera ser la última voluntad de un moribundo.

Ken, profundamente emocionado, cogió el papel que le tendía su amigo, intentando sonreír. Luego se dispuso a preparar los instrumentos para la operación, porque un rápido examen de la herida acababa de convencerle de que era necesario obrar inmediatamente. Vuelto de espaldas a su amigo, no vió cómo éste se apoderaba de un revólver y, después de unos instantes de vacilación, lo llevaba rápidamente a la sien, apoyándolo contra ella. El disparo no tardó en oírse y, cuando Ken corrió en auxilio del amigo, sólo tuvo tiempo de recoger su último suspiro.

Mucho rato estuvo Ken mudo y aborrito, ante el cadáver de su amigo, intentando quizás descifrar el misterio de la vida y de la muerte sólo ante el cuerpo inanimado de aquel hombre que unas horas antes estaba aún lleno de vida. Las facciones del muerto contraídas por el dolor un momento antes, iban adquiriendo ahora, poco a poco, aquel aspecto de beatitud que adquieren los rostros de las personas, cuya muerte ha sido muy

rápida y de pronto Ken descubrió algo formidable, algo que le hizo estremecerse de pies a cabeza y acercar más su rostro al del cadáver para convencerse de que no soñaba. Las afinidades de su rostro con el del muerto eran extraordinarias. El mismo color azul de los ojos, la misma forma de la nariz, larga y correcta, el mismo rictus de los labios. A no ser por la barba de Evans, que les diferenciaba su parecido, habría sido aún más grande. Una idea diabólica cruzó por la mente del joven. ¡Si le fuera posible asumir la personalidad del muerto ante los demás, llevar adelante la comedia por unos días, sólo por unos días, los precisos para descubrir todo lo que le era preciso descubrir para desenmascarar al difunto Silas y de paso probar su propia inocencia y la culpabilidad del hijo de aquél!

Ken no era un hombre capaz de detenerse en vacilaciones. Unos días después le vemos montado en su fiel caballo Tarzán, cruzando una de las calles de pueblo en donde, de haber seguido viviendo su amigo, habría entrado como prisionero para ser entregado a la Justicia. Su golpe de audacia había triunfado. No se había equivocado Ken en cuanto a la intensidad del parecido. Todos en el pueblo le tomaban por el muerto, saludándole como tal y dándole la bienvenida por su regreso. Sólo Alice Adams, la joven da-



mita de los pensamientos del pobre muerto, empezó a sospechar inmediatamente y, cuando sus sospechas se convirtieron en evidencia, no tuvo reparo en decírselo, tomándolo por un aventurero sin escrúpulos y amenazándole con desenmascararlo. Entonces Ken procedió a entregarle la carta del difunto, cuyo contenido ignoraba por completo, ignorando también, por lo tanto, si podía serle perjudicial o beneficiarle.

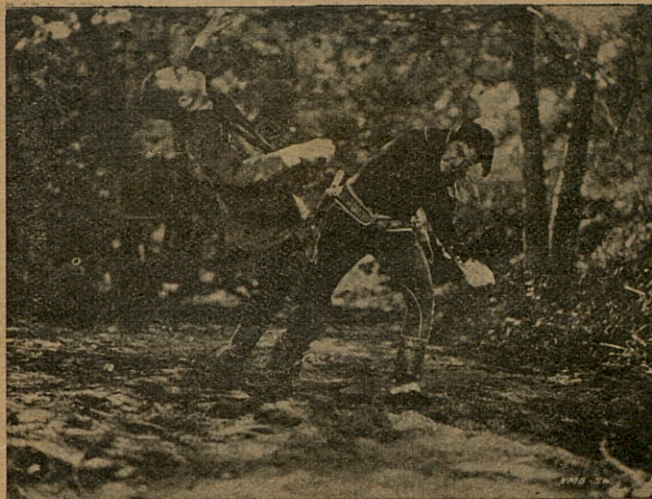
Cuando la joven terminó su lectura levantó hacia Ken sus ojos llenos de lágrimas:

—¡Qué bueno debe usted haber sido con él para obligarle a escribir esta carta!—dijo la joven, tendiéndole la mano.

Aquel apretón de manos señaló un pacto de amistad y complicidad entre los dos jóvenes que no había de tardar en convertirse en un sentimiento más intenso.

En cuanto a Adams, el padre de la muchacha y sheriff de la comarca, no le fue difícil al supuesto Dick convencerle de que el prisionero había muerto por el camino de unas fiebres malignas.

Ken se lo confesó todo a la muchacha. La noticia que llegó a sus oídos trabajando en un rancho lejano, de que su padre había sido encarcelado. Su regreso precipitado para enterarse de que en la penitenciaría no sabían nada del supuesto preso, que según las noticias que le dieran anteriormente, había



Ken le derribó de un certero puñetazo.

muerto poco después de ingresar en la cárcel. Su entrevista con Silas y lo que allí sucedió. La evidencia que tenía de que Hank, el propio hijo del difunto, era el asesino, etc.

—Hank — exclamó la muchacha —, ¿es posible? No tengo muy buena opinión de él, pero francamente no lo creía capaz de llegar a tanto. Precisamente hoy tiene que venir a buscarme para ir juntos a una fiesta. ¿Qué hago?



Ken le aconsejó obrar como si nada hubiera sucedido.

En efecto, no tardó en aparecer Hank por allí en busca de la joven. Al hallarse en presencia de Ken, no pudo reprimir un gesto de asombro.

—Es Dick Evans, ¿te acuerdas? — intervino Alicia.

Hank le saludó fríamente y salieron.

Cuando llegaron a la fiesta, el baile estaba en todo su apogeo. Hank pasó su brazo alrededor de la cintura de la joven y empezaron a bailar, perdiéndose entre la multitud de parejas que danzaban a su alrededor. Hank, que codiciaba la magnífica belleza de la joven, empezó a cortejarla con aparente asentimiento de ésta, a quien Ken había recomendado el disimulo más absoluto, pero una sombra de preocupación ensombrecía su rostro. Ken, cuyo parecido con Dick ya hemos visto era tan asombroso, se diferenciaba de este último por el color de pelo. Ken había procurado remediar esta falla, tiñéndose de negro como el de su infortunado amigo, pero a los ojos de Hank, como anteriormente a los de Alicia, no pudo mantener el engaño. En la mente de Hank estaba demasiado vivo el recuerdo de aquel joven que luchaba con su padre el día en que en su instinto perverso le hizo levantar el brazo para cometer el horrible parricidio.

Su preocupación subió de punto cuando, al regresar del guardarropa adonde había ido con objeto de depositar la capa de la joven y también con objeto de cerciorarse de que alguno de sus hombres estaba allí alerta, se encontró a la joven en brazos del supuesto Dick, bailando alegremente. Un segundo examen le convenció de la veracidad de sus sospechas.

—¿Conoces a este hombre que está bailando con Alicia? — preguntó a uno de los suyos.

—Sí, ya lo creo. Es Dick Evans.

—No es Dick Evans. Tengo la seguridad de que se trata de Ken Masters, el asesino de mi padre. Haréis bien en vigilarlo estrechamente.

Ken, entretante, parecía haberse olvidado del mundo entero. Tener en sus brazos aquella joven tan bella, que le miraba amorosamente, a través de sus ojos magníficos, era todo lo que el joven cowboy podía apetecer en la tierra.

Cinders, el criado negro del sheriff, vino a despertarle de su ensueño. Parecía tan trastornado, que sus primeras palabras salieron de su boca como un balbuceo incoherente.

—He visto un fantasma, he visto un fantasma. Fué lo único que acertó a balbucear al principio. Y ante las preguntas insistentes



de Ken, al que naturalmente él también tomaba por Dick Evans, explicó.

—He visto el fantasma del viejo Masters.

—¡Masters! ¡El viejo Masters! ¡Su padre! Ken tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no gritar. ¿Qué significaban las palabras de Cinders? ¿Dónde había visto éste el supuesto fantasma de su padre?

—Habla, habla. ¿Qué es lo que viste? ¿Dónde? Habla, por Dios.

Luchando con Slim Watts, en la misma puerta de su casa. Cerró los ojos buscando mi pata de conejo, para hacer huir al fantasma y, cuando volví a abrirlos, ya se había ido. Slim Watts es uno de la pandilla de Hank, ¿sabe usted?

—¿Y qué más viste? — siguió inquiriendo Ken ansiosamente.

—Nada más. En seguida corrí para avisarle.

—Está bien, Cinders. Voy allí en seguida. Si la señorita Alicia pregunta por mí, dile que me han llamado y nada más.

Montado en su caballo Tarzán, voló Ken en dirección a la vieja casa que fué de su padre. Tenía la evidencia de que estaba a punto de desentrañar el misterio. Antes de llegar a ella, desmontó, acercándose cautelosamente.

No iba a serle fácil el acceso a ella. En el interior había algunos hombres de la banda

de Hank dispuestos a defender el terreno palmo a palmo, antes de permitir la entrada a ningún intruso. Fracasada la primera tentativa fué al fin más afortunado en la segunda, pudiendo burlar la vigilancia de los guardianes e introduciéndose en la casa.

Entonces empezó una especie de cacería salvaje a través de la casa, cacería en la que sólo un hombre de la habilidad de Ken y su entereza de espíritu podía salir triunfante. Perseguido a través de sus habitaciones y pasillos, escurriéndose con habilidad y destreza inauditas, pudo al fin ver premiados sus esfuerzos.

Después del relato que le hiciera Cinders y que venía a confirmar sus sospechas sobre la misteriosa desaparición de su desgraciado padre, no le cabía ya la menor duda de que acabaría por encontrarlo a través de aquellos laberintos y corredores, y, sin embargo, cuando le vió salir como un fantasma, andando con paso de autómatas, le pareció un espectro.

—Papá, papá — balbuceó Ken al verlo, intentando detenerlo en su camino—. Mírame, soy Ken, tu hijo. Papá, papá.

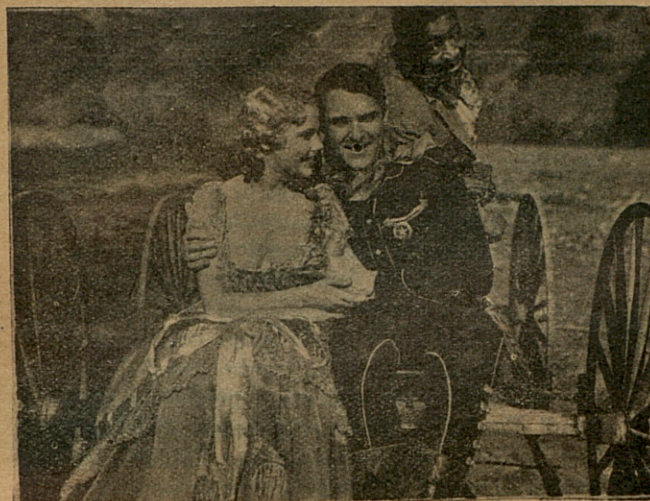
Padre e hijo se quedaron un instante frente a frente, mirándose sin acertar a pronunciar una palabra. Antes de que hubieran tenido tiempo de echarse el uno en brazos del otro, uno de sus perseguidores había lle-



gado cautelosamente hasta ellos, intentando golpear a Ken, pero erró el golpe y Masters lo recibió en pleno rostro, cayendo pesadamente al suelo. El intruso intentó desaparecer en la misma forma misteriosa que había aparecido, pero Ken había disparado su revólver, hiriéndole. Vencido este primer enemigo, que acababa de aparecer en su camino, le tocó el turno a Slim, que no tardó en tener que ceder ante la superioridad física de su contrincante. Entonces pudo Ken hablar tranquilamente unos momentos con su padre vuelto en sí ya del golpe recibido.

Entonces se enteró Ken del calvario sufrido por el pobre viejo, víctima de las maquinaciones de Hank y su banda, y también del motivo que había movido al malvado a retenerlo prisionero en su propia casa, haciéndole pasar por muerto. Masters había descubierto una mina de oro en un lugar de aquella casa y, al enterarse de ello, Silas Stone, el padre de Hank, quiso comprarla. Masters se había opuesto terminantemente y por ese motivo le habían retenido, apelando a toda clase de crueldades para obligarle a descubrir el escondrijo.

Entretanto, uno de los hombres de Hank, viendo el mal cariz que iban tomando los acontecimientos y temeroso de encararse con un enemigo tan temible, optó por escurrir



Alicia estaba dispuesta a aceptarle como esposo.

el bulto y a su vez correr en demanda de esfuerzos.

Hank y los suyos se estaban divirtiendo de lo lindo en la fiesta, ajenos por completo a lo que estaba ocurriendo en su guarida. Hank por supuesto se había dedicado a cortejar abiertamente a la joven Alicia, quien a duras penas podía seguir la comedia.

Tan apremiante se mostraba, y tan entusiasmado y rendido parecía, que cuando des-



pués de haber acudido a la llamada de uno de sus amigos, volvió con el rostro descompuesto a decirle que tenía que dejarla súbitamente, sin explicarle los motivos. Alicia no pudo menos de sospechar que algo inusitado estaba ocurriendo. La brusca desaparición de Ken un buen rato antes, después de haber bailado con ella un solo vals, la tenía por otra parte muy inquieta.

Asociando ambas deserciones, la del joven en quien había puesto toda su confianza y la del hombre que siempre le había resultado odioso, Alicia empezó a perder la serenidad. Espiando los movimientos de Hank, vió cómo éste, después de haber hablado largamente con uno de sus hombres, se dirigía resueltamente hacia un grupo de sus leales, hablándoles con gran excitación.

No tardaron éstos en salir, pero por una de las palabras que llegaron a oídos de la joven, ésta pudo enterarse del lugar a donde se dirigían. Su primer impulso, acertadísimo por cierto, fué encaminarse rápidamente a su casa para avisar a su padre, el sheriff y a los suyos. Estos no tardaron en organizarse dispuestos a dar valientemente la batalla definitiva que quizá lograría librarles para siempre de aquella temible banda, a la que no habían podido nunca coger "in fraganti", puesto que Hank y los suyos habían ido has-

ta entonces lo suficientemente hábiles para asegurarse la impunidad de sus delitos.

Su llegada a la casa de Masters no pudo ser más oportuna, puesto que Ken y su indefenso padre estaban ya a punto de sucumbir a la superioridad numérica de sus enemigos, contra la cual nada habría podido la habilidad y la destreza del muchacho y, sobre todo, su puntería sin igual, de la que podía vanagloriarse diciendo aquello de "donde pongo el ojo, pongo la bala", sin que nadie se hubiese atrevido a discutirle.

Alicia no había podido resistir al deseo de llegar hasta allí para presenciar los incidentes de la lucha y aun tomar parte en ella, si era preciso.

Aquel impulso irresistible de curiosidad y de valentía habría podido costarle caro. Hank, al verla, aprovechando la confusión que en los primeros momentos de la lucha entre los dos bandos se originó en el campo de batalla, decidió escapar, forzando a la muchacha a seguirle, no sólo para tenerla así en rehenes, sino también para satisfacer sus torpes apetitos, pero no contaba con Ken, el invencible Ken, que, habiendo presenciado la escena, ciego de rabia y de coraje, montando su caballo Tarzán, voló más que corrió en auxilio de la joven.

Una vez la hubo rescatado, sacándola al vuelo del frágil cochecito, en el cual Hank



y ella se alejaban, y depositándola en la silla del noble bruto, se entabló entre Hank y Ken una de estas terribles luchas cuerpo a cuerpo, en las cuales hasta los vencedores salen mal parados.

Hank era fuerte y se defendía bravamente, pero Ken lo era más y, aun en el caso de que hubiera sido el más débil, la rabia y el coraje que sentía hacia aquel hombre odioso por culpa del cual había sido injustamente acusado de un crimen y perseguido como una alimaña, le habría dado fuerzas para vencerle.

Una vez reducido a la impotencia él y todos los de su banda, de la que los hombres del sheriff no tardaron en dar buena cuenta, a Ken no le quedaba ya otra cosa que hacer en el mundo que seguir luchando por el bienestar y la felicidad de Alicia, que estaba dispuesta a perdonarle su suplantación de la persona de Dick Evans y aceptarle como esposo con toda la alegría de su corazón, convencido de que, en lo sucesivo, bajo la salvaguardia de un marido tan valiente y arriesgado, dispuesto a dar cien veces la vida para defenderla, no tendría que temer a nada ni a nadie.

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

HA PUESTO A LA VENTA

# LA HIJA DE NADIE

Drama de amor, de sublime sacrificio femenino y maternal, es la base de esta novela, cuya emoción difícilmente puede ser igualada, ya que en ella juegan los sentimientos más opuestos y la rudeza de una pasión ambiciosa con el noble amor desinteresado.

Creación de

**ANN HARDING**

y

**JOHN BOLES**

Precio: UNA peseta ejemplar.

PEDIDOS A

**EDITORIAL «ALAS», Ad. 707, Barcelona**





# NINOS!!

Vuestra lectura  
predilecta será

## Biblioteca de aventuras Mickey

Libros profusamente ilus-  
trados, con dibujos inéditos,  
por su mismo creador

**Walt Disney**

Recomendable y amena  
traducción de

**M.<sup>a</sup> Luz Morales**



Dos historietas en cada libro

Precio de cada ejemplar:

**1'50 pesetas**

Tomo primero:

**Mickey y su jazz**  
**Mickey bombero**

Tomo segundo:

**Mickey cazador**  
**Mickey taxista**

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del im-  
porte en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado  
Franqueo gratis.



# Biblioteca Films 25 cts. ejemplar

Título	Protagonista	Postal
500 UNA TRAGEDIA HUMANA ...	Silvia Sidney	Anita Page
501 EL IMPLACABLE ACUSADOR ...	Tom Keene	H. Marshall
502 LA BRIGADA MÓVIL DE SCOT- LANEYARD ...	Carol Goodner	A. V. Engstrom
503 EL VAQUERO DE TEXAS ...	Bob Steele	C. Laughton
504 DEFENDIENDO LA LEY ...	Al. Hoxie	Luise Ullrich
505 EL COFRE DE LACA ...	Allee Dield	Clyde Baetty
506 AUDACIA DE COW-BOY ...	Tom Mix	P. Hoppkins
507 LLAMADA SECRETA ...	Richard Arlen	James Gagney
508 BAJO EL CASCO DE CUERO ...	Gina Manes	Bette Davis
509 EL PACIFISTA ...	Gloria Stuart	E. G. Robinson
510 RIVALES EN LA PISTA ...	Albert Prejean	Mae West
511 A LA BRAVA ...	Tom Mix	Ruth Hall
512 LA MUERTE NEGRA ...	Ken Maynard	June Clyde
513 EL HOMBRE LEÓN ...	Buster Crabbe	Gary Grant
514 LARRIGAN, EL AFORTUNADO ...	Rex Bell	T. Von Molo
515 FIDELIDAD ...	C. Chic-Sale	Walter Huston
516 EL AMIGO ENMASCARADO ...	Tom Mix	Rosine Deream
517 EL HÉROE SE RINDE ...	J. Mac Brow	Carl Gable
518 EL RANCHO DE LA MUERTE ...	Tom Tyler	Renée Saint
519 EL OCASO DEL TERROR ...	Tom Mix	Mickey Rooney
520 LOS GANGSTERS DEL AIRE ...	D. Fairbanks J.	Raquel Rodrigo
521 EL NEÓFITO ...	Joe E. Brawn	Warren William
522 PIRATAS DE SHANGHAI ...	Gerde Maurus	Luana Alcañiz
523 EL RETADOR ...	G. Bancroft	Leslie Howard
524 TARZÁN, POTRO SALVAJE ...	Kan Maynard	Ivan Blandell
525 GREIFER ENTRE ESTAFADORES DE FRAC ...	M. Eggerth	Jean Muir
526 EL GATO NEGRO ...	Paul Wegener	Donald Cook
527 ALIAS "TERREMOTO" ...	Ken Maynard	M. Sullavan
528 SUBURBIOS ...	V. Skoloff	Lew Ayres
529 EL RANCHO DINAMITA ...	Ken Maynard	G. Rogers
530 EL COW-BOY MILLONARIO ...	Tom Mix	J. Gleason
531 BAROUD ...	Rex Ingram	B. Stanwich
532 SAMARANG ...	Ko-Hay	J. M. Brown
533 EL GINETE ALADO ...	Kent Taylor	May Robson
534 MUJERES OLVIDADAS ...	Rex Bell	E. Caruso Jr.
535 EL DEDO ACUSADOR ...	R. Barthelmes	Sally O'Neil
536 EL HUSAR NEGRO ...	Conrad Veldt	Paul Muni
537 CREPÚSCULO ROJO ...	Rudolf Forster	Bette Davis
538 HONRARÁS A TU PADRE ...	L. Barrymore	G. Froelich
539 EL TESORO DEL COSACO ...	Ken Maynard	Claire Trevor
540 50 DÓLARES UNA VIDA ...	Bill Boy	Al Jolson

## PEDIDOS A

### EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.